



Pautas ecofeministas para repensar el mundo

Yayo Herrero

Directora general de FUHEM y coordinadora de Ecologistas en Acción

La vida humana presenta dos dependencias materiales insoslayables.

En primer lugar, dependemos de la naturaleza. Todo lo que necesitamos para mantenernos con vida procede de la naturaleza. Sin embargo, las sociedades occidentales son prácticamente las únicas que parecen no ser conscientes de ello y establecen una ruptura radical entre naturaleza y cultura, entre las personas y el resto del mundo vivo.

Pero, además, somos seres profundamente interdependientes. Durante todo el ciclo vital dependemos materialmente del tiempo que otras personas nos dedican. Nuestros cuerpos son vulnerables y envejecen, enferman y finalmente mueren. La supervivencia en soledad es sencillamente imposible.

La economía capitalista y la ideología neoliberal operan como si no existiesen dependencias materiales e ignoran los límites o constricciones que éstas imponen a las sociedades.

El hecho llamativo de que los seres humanos en las sociedades occidentales vivamos de espaldas a nuestra propia supervivencia tiene que ver con dos elementos articuladores de nuestra cultura: la desvalorización del trabajo de reproducción social que promueve el orden social patriarcal, y el tratamiento que la cultura occidental y el capitalismo dan a la naturaleza como recurso susceptible de apropiación.¹

Una noción de economía ajena a la realidad física ha conducido a crear una especie de ilusión según la cual la economía convencional 'flota' por encima de los cuerpos y los territorios sin depender de ellos y sin que sus límites le afecten, estableciéndose una dicotomía entre lo económico –aquello que se mide en términos monetarios en la esfera mercantil– y lo no económico – todo lo demás–.

¹ S. Federeci, *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2010, pp. 21-27.

Esta división ha resultado muy funcional al mercado, pues permite el aislamiento del espacio doméstico no monetizado, respecto del espacio visible de la economía. El mundo público es el del mercado y la economía; el privado, el de las relaciones consideradas no económicas. El espacio público es el espacio de la producción y el privado el de la reproducción. Este último pasa a considerarse residual, secundario o simplemente invisible.

En el marco de la economía convencional, el progreso económico se mide por la capacidad que tiene un país de aplicar políticas que acrecienten la escala de su actividad económica en el mercado, mejoren la eficiencia de los factores de producción, se especialicen y se extiendan. Bajo esta lógica simplificadora y reduccionista, los indicadores económicos convencionales no son capaces de contabilizar como riqueza procesos, bienes y trabajos imprescindibles desde el punto de vista de la sostenibilidad y el bienestar, e incluso llegan a contabilizar el deterioro y sus reparaciones como si fuesen riqueza. Así, los negocios relacionados con las guerras, las enfermedades o la destrucción ambiental terminan sumando como riqueza en un indicador que sólo considera intercambios monetarios.

La vida humana, y la actividad económica como parte de ella, no son posibles sin la naturaleza y sin los trabajos que garantizan la reproducción social. Sin embargo, la sociedad occidental ha terminado estructurándose en torno a los mercados como epicentro, mientras la cotidiana e intensiva responsabilidad de mantener la vida con bienestar reside en la esfera de lo gratuito, de lo invisible, es decir en la naturaleza y en el espacio doméstico.

Esta forma de comprender el mundo ha terminado alimentando una especie de religión civil en la que la propiedad y el crecimiento económico son sagrados, aunque insoslayablemente vayan acompañados del agotamiento de recursos finitos, de un inasumible crecimiento de residuos, una enorme desigualdad entre las personas y una simplificación de la complejidad de la biosfera y las sociedades.

Un ecofeminismo crítico permite repensar el mundo

Crítico con esta visión hegemónica, el ecologismo llama la atención sobre el conflicto que existe entre un planeta Tierra, con recursos limitados y finitos, y un sistema socioeconómico que se basa en la expansión continua y que crece impulsado por la dinámica de la acumulación. El feminismo señala otra profunda contradicción: la que existe entre la reproducción social y el bienestar, por una parte, y el proceso de acumulación de capital.

El ecofeminismo es una filosofía y una práctica feminista que nace de la convicción de que el sistema económico y cultural occidental «se constituyó, se ha constituido y se mantiene por medio de la colonización de las mujeres, de los pueblos 'extranjeros' y de sus

tierras, y de la naturaleza».²

Todos los ecofeminismos comparten la visión de que la subordinación de las mujeres a los hombres y la explotación de la naturaleza responden a una lógica común: la de la dominación y desvalorización de la vida, tanto humana como natural. A lo largo de la historia el patriarcado, íntimamente asociado al capitalismo en los últimos siglos, ha sometido y explotado a las mujeres y a la naturaleza aprovechándose de sus trabajos y sus saberes, a la vez que los invisibiliza.³

El ecofeminismo somete a revisión crítica muchos de los conceptos clave que sostienen la cosmovisión occidental: ciencia, economía, trabajo, producción... Trata de ayudar, junto con otras miradas críticas sobre la realidad, a transitar hacia un paradigma nuevo en el que la asunción de los límites del planeta y las formas de relación y política practicadas por el feminismo jueguen un papel esencial.

Desde parte del movimiento feminista, el ecofeminismo se ha percibido como un posible riesgo, dado el uso histórico que el patriarcado ha hecho de los vínculos entre mujer y naturaleza.⁴ Esta relación impuesta y esencialista se ha usado como argumento para mantener la división sexual del trabajo, tan útil al orden patriarcal y capitalista. De forma creciente podemos ver en medios de comunicación y en declaraciones de políticos afirmaciones idealizadas sobre la maternidad y la 'capacidad natural' de las mujeres para el cuidado y el altruismo en la familia. Este enfoque no persigue la autonomía y la decisión de las mujeres sobre su propia vida y su cuerpo, sino simplemente el respeto y consideración a las tareas que ellas 'naturalmente' realizan. Tampoco, desde este prisma se somete a crítica unos determinados modelos de familia tradicional que constituyen, en ocasiones, auténticas corporaciones del patriarcado.

Para nosotras, el cambio se sitúa en poner en el centro del interés el bienestar de las personas y ello pasa por asumir que no son las mujeres en soledad, sino hombres y mujeres y la sociedad en su conjunto quienes se tienen que responsabilizar de la reproducción social. No es una responsabilidad privada centrada en la familia, en la que con frecuencia existen relaciones de poder patriarcal, sino que el nuevo 'contrato social' debe plantear el mantenimiento de vidas dignas y el bienestar en un mundo con límites físicos, en su núcleo central.

² V. Shiva y M. Mies, *Ecofeminismo: Teoría, crítica y perspectivas*, Icaria, Barcelona, 1997, p. 128.

³ A. Bosch, C. Carrasco y E. Grau, «Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo», en E. Tello, *La historia cuenta: del desarrollo económico al crecimiento humano sostenible*, Ediciones El Viejo Topo, Barcelona, 2005, p. 48.

⁴ M. A. Cavana, A. H. Puleo y C. Segura (coords.), *Mujeres y Ecología. Historia, Pensamiento, Sociedad*, ed. Almudayna, Madrid, 2004, p. 38.

Aportes desde el ecofeminismo

Si los mercados no tienen como principal objetivo satisfacer las necesidades humanas, no tiene sentido que se conviertan en el centro privilegiado de la organización social. No tiene sentido que sea la lógica de la economía convencional la que defina la ordenación del territorio, la organización de los tiempos de las personas, ni dirija la política.

Es preciso, es urgente, realizar un amplio debate social que conduzca a replantear los principios constituyentes de una sociedad viable y justa. Para nosotras esos principios pasan por asumir una restricción: la de que la esfera material de la economía debe decrecer; dos líneas directrices: una igualdad que respete la diversidad y la democracia radical; y una evidencia muchas veces invisible: la de la urgencia con la que hay que acometer los cambios. Bajo estos principios habría que repensar un modelo de producción, distribución y consumo que permita salir de la lógica androcéntrica y sitúe a la economía como un subsistema de la biosfera. Para ello, es preciso responder a las siguientes preguntas: ¿Qué necesidades hay que satisfacer? ¿Cuáles son las producciones necesarias para que se puedan satisfacer? ¿Cuáles son los trabajos y actividades socialmente necesarios para ello?

Decrecer en la esfera material no es una opción

Reducir el tamaño de la esfera económica no es una opción que podamos o no aceptar. El declive energético y de los minerales, la desorbitada generación de residuos, el cambio climático y la alteración en los ciclos naturales lo impone.

Lo que está en juego es si esa inevitable reducción se produce favoreciendo que una cantidad cada vez menor de personas sigan manteniendo sus niveles de sobreconsumo y sus estilos de vida (reflejado en el 'nuestro estilo de vida no se negocia' de Bush), mientras que sectores cada vez más grandes de la población queden fuera de los márgenes del sistema.

La otra opción, la nuestra, es que nos ajustemos a los límites del planeta a partir de un proceso de reorganización planificada impulsada por criterios de justicia y de equidad. Y ahí es donde se juega el futuro, no en si vamos a reducir o no la esfera material, sino en si conseguimos que esa reducción no se haga por una vía autoritaria, violenta y desigual.

Aprender a vivir bien con menos materia, energía y residuos es una de las claves para salir del atolladero. No hay recetas mágicas, pero sí un conjunto de criterios claros, de caminos posibles para superar muchas de las contradicciones.

Una forma de producir compatible con los ecosistemas

La naturaleza nos proporciona el modelo para una economía sostenible y de alta productividad. La economía de la naturaleza es «cíclica, totalmente renovable y autorreproductiva, sin residuos, y cuya fuente de energía es inagotable en términos humanos: la energía solar en sus diversas manifestaciones (que incluye, por ejemplo, el viento y las olas). En esta economía cíclica natural cada residuo de un proceso se convierte en la materia prima de otro: los ciclos se cierran».⁵

Cara a favorecer el cierre de ciclos de materiales, José Manuel Naredo ha planteado que, además de registrarse los costes de la extracción y manejo de los minerales de la corteza terrestre, deben *consignarse los costes de reposición*,⁶ es decir, de transformación de los residuos en recursos naturales, ya que de lo contrario, al no restar la degradación en las cuentas, se favorece el deterioro del patrimonio natural.

La *fiscalidad ecológica*, en esta línea pretende cambiar la base de los impuestos desde el valor añadido hacia el flujo material que se produce desde la extracción de recursos al sistema económico y la posterior vuelta de los residuos.

Además, es urgente aplicar el principio de precaución, de forma que no permita el uso de tecnologías o productos que no hayan demostrado no ser nocivos para los territorios y para las personas.

En un mundo limitado hay que saber qué es lo que hay que producir y esto nos sume de lleno en el debate sobre las necesidades. Habrá que producir aquello que las personas necesitan para satisfacer las necesidades que les permiten llevar una vida buena en condiciones de justicia y equidad.

Por ello, no sólo basta saber qué y cómo producir. Es preciso delimitar cuánto es posible producir. Para ello se pueden implantar políticas de gestión de la demanda, encaminadas a reducir el consumo de aquellas personas y sectores sociales que sobreconsumen tanto en el Norte como en el Sur, de forma que se logre una reducción neta de la cantidad de materiales y residuos que forman parte del metabolismo económico.

Una política de territorios

Recomponer un nuevo modelo productivo obliga a mirar el territorio y reorganizar la economía respetando sus vocaciones. No es deseable sembrar maíz en un territorio seco o instalar un campo de golf en un terreno semidesértico.

⁵ J. Riechmann, *Biomímesis. Ensayos sobre imitación de la naturaleza, ecosocialismo y autocontención*, La Catarata, Madrid, 2005, pp. 95-118.

⁶ J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*, Siglo XXI, Madrid, 2006.

Las propuestas sobre ordenación del territorio y el urbanismo ecologista y feminista cuentan con conocimiento y propuestas para diseñar otra forma de vivir pisando más ligeramente sobre la tierra.

Promover los mercados locales y regionales y la distribución cercana será una necesidad en un mundo con las fuentes energéticas de origen fósil en declive y con una urgente necesidad de reducir emisiones de gases de efecto invernadero.

Reducir la necesidad de movilidad motorizada articulando la organización social en torno a la cercanía y el transporte no motorizado y el transporte público cuando tenga que ser motorizado es otro de los ejes para la reconversión.

Una política de tiempos

La reorganización de los tiempos de trabajo, de todos los trabajos, constituye otro de los ejes políticos.

La disminución de la jornada laboral, a la vez que se reparten todos los tiempos de trabajo necesario (remunerado y doméstico), podría permitir articular otra sociedad diferente.

La gran dificultad al hablar de transición hacia un estilo de vida mucho más sencillo en el plano material ha sido la de qué hacer con el empleo.

Históricamente, la destrucción de empleo ha venido en los momentos de recesión económica y son éstos los peores momentos para hablar de actividades económicas no deseables. Sin embargo, si atendemos a los límites del planeta y al bienestar humano, algunas actividades deben decrecer porque son dañinas para el conjunto de la vida.

El mantenimiento del empleo de cualquier sector no puede ser el único principio a la hora de valorar los cambios necesarios en el tejido productivo.

Los empleos en sectores o actividades que no son socialmente deseables, como son la fabricación de armamento, las centrales nucleares, el sector del automóvil o los empleos que se han creado alrededor de las burbujas financiera e inmobiliaria, no deben mantenerse. Las que sí son necesarias son las personas que desempeñan esos trabajos y por tanto, el progresivo desmantelamiento de determinados sectores tendría que ir acompañado por un plan de reestructuración y fuertes coberturas públicas que permitan transiciones justas hacia otro modelo productivo.

Pero, cara a reconfigurar el modelo de trabajo, es sobre todo preciso incorporar, visibilizar y dar valor a todos los trabajos, también a los no remunerados e imprescindibles para el bienestar humano. Es preciso reconocer como trabajo aquel que permite la

reproducción social en el ámbito de los hogares, y no basta con que este trabajo se reconozca como importante, sino que debe trastocar el modelo de división sexual del trabajo propio del patriarcado y repartirse entre mujeres y hombres.

Si relacionamos los diferentes trabajos con su aportación al bienestar de las personas nos encontramos con que el trabajo de cuidados ocupa uno de los lugares prioritarios. Poniendo la conservación de la vida en el centro, la esfera de la reproducción social y el ámbito de las 'producciones del hogar' dejan de ser invisibles y se convierten en núcleos económicos de primer orden.

Una posible vía para decrecer en la extracción y generación de residuos a la vez que se potencia la cooperación sería favorecer el desplazamiento de la demanda de producción de bienes materiales tradicionales –de alto impacto ambiental– a los bienes relacionales, para los cuales la economía solidaria dispone de una ventaja comparativa específica.

Las consecuencias de un cambio así en términos ecológicos son muy deseables, ya que la producción social utiliza cantidades radicalmente menores de materia y energía respecto a la producción material. Produce un desgaste muy limitado de recursos que se traduce en niveles elevados de valor y bienestar. Por otro lado, se sustenta en la actividad humana y no es sustituible por la tecnología tal y como ocurre en las industrias tradicionales. Se trataría, por lo tanto, de reducir drásticamente la producción de bienes de consumo a favor de bienes durables y relacionales, superando la ceguera de la economía neoclásica al reducir el bienestar y el valor al flujo de bienes que somos capaces de consumir.

Podemos ver de una manera muy clara el vínculo entre sostenibilidad ecológica y bienestar. La expansión de la economía solidaria, a través de la producción de bienes relacionales, no sólo crea valor económico allí dónde es posible reducir la degradación de la materia/energía, sino que constituye una vía potente para la realización de una economía justa, reequilibrando el proceso de concentración de la riqueza al que estamos asistiendo actualmente. Muchos de los bienes y servicios podrían en un futuro ser llevados a cabo de acuerdo a los criterios de la economía solidaria por organizaciones sin ánimo de lucro; entre otros, la producción agrícola y alimentaria de calidad, la producción de energía sobre una base local, la artesanía, los servicios, sólo por citar algunos ejemplos.⁷

Distribuir y repartir la riqueza

Tradicionalmente, se defiende que la distribución está supeditada al crecimiento de la producción. La economía convencional presenta una receta mágica para alcanzar el bienestar:

⁷ M. Bonaiuti, «A la conquista de los bienes relacionales», Colectivo Revista *Silence*, monográfico «Objetivo decrecimiento», Leqtor, Barcelona, 2006.

incrementar el tamaño de la 'tarta", es decir, crecer, soslayando así la incómoda cuestión del reparto. Sin embargo, el crecimiento en el actual modelo de producción contradice los límites de la naturaleza. Así, el bienestar vuelve a relacionarse con la cuestión esencialmente política de la distribución.

El reparto de la tierra será en el futuro un asunto nodal. La tarea será sustraer tierra a la agricultura industrial, a la especulación urbanística, a la expansión del asfalto y el cemento y ponerla a disposición de sistemas agroecológicos locales.

La exploración de propuestas como la renta básica de ciudadanía o los sueldos complementarios se hace urgente. Igualmente sería interesante considerar la posibilidad de establecer una renta máxima. Del mismo modo que existen muchos empleos precarios e insuficientemente remunerados, hay personas que podrían disminuir el salario neto sin que se viesen afectadas sus condiciones de vida.

Por otra parte, reducir las desigualdades nos sumerge en el debate sobre la propiedad. Nos encontramos en una sociedad que defiende la igualdad de derechos entre las personas que la componen y, a la vez, asume con toda naturalidad enormes diferencias en los derechos de propiedad. En una cultura sostenible y justa habría que diferenciar entre la propiedad ligada al uso de aquella otra propiedad ligada a la acumulación, y limitar ésta última.

Cara a limitar la acumulación y reducir gradientes de desigualdad es fundamental modificar el sistema monetario internacional para establecer regulaciones que limiten la expansión financiera globalizada, regular la dimensión de los bancos, controlar su actividad, aumentar el coeficiente de caja, limitar las posibilidades de creación de dinero financiero y dinero bancario y suprimir los paraísos fiscales de modo que no constituyan vías de escape para que los oligarcas sitúen su patrimonio y negocios fuera de las leyes estatales.

Además, apostar por la redistribución equitativa de la riqueza supone unos servicios públicos fuertes, una fiscalidad progresiva y que la prioridad del gasto público se oriente al bienestar: sanidad, educación, protección y cuidado de la población.

Cuidar y participar en las experiencias alternativas

Trabajar por el cambio del modelo actual hacia otro que sitúe la sostenibilidad de la vida humana y natural como eje central no es incompatible con la puesta en práctica de experiencias e iniciativas alternativas.

Las personas organizadas en cooperativas de consumo agroecológico en todo el Estado se cuentan por miles; existen cooperativas de servicios financieros como Coop 57; hay personas organizadas en redes de cuidados compartidos que resuelven necesidades de

atención a niños y niñas; proyectos de residencias de mayores autogestionadas basadas en el apoyo mutuo; proyectos de cooperativas integrales y mercado social; y medios de comunicación alternativos, entre otros ejemplos.

Estas experiencias constituyen verdaderos laboratorios sociales, a la vez que satisfacen las necesidades concretas de quienes participan en ellas. Cuidar y mimar estos proyectos, aunque sean pequeños y no supongan una alternativa global, es importante.

Las dimensiones ecológica y feminista son imprescindibles en la economía política. Sin ellas, es casi imposible alumbrar un modelo compatible con la biosfera y que trate de dar respuesta a todas las diferentes formas de desigualdad. Ambos enfoques propugnan una producción ligada al mantenimiento de la vida y un modelo de organización económica que coloque a esa misma vida en el centro.

Desde múltiples ámbitos de pensamiento crítico hay elaboradas propuestas viables, quizás no bien interconectadas, pero con posibilidad de hacerlo. Ahí tenemos una importante tarea: la de superar las visiones parciales, integrándolas en un relato común. Sin embargo, el gran reto reside en afrontar la desigual correlación de fuerzas entre la ofensiva neoliberal y una –aún– insuficiente respuesta social. El gran problema, a nuestro juicio, es el enorme desnivel que hay entre la dureza de los ajustes que vivimos y la capacidad para hacerles frente. Hoy, nos falta poder político para forzar el cambio.

No cabe pensar que el colapso social y ambiental venga en nuestra ayuda. Si no somos capaces de articular un movimiento, lo que venga detrás de este capitalismo puede ser aún peor.

La clave está en poder articular un movimiento social que sume, aglutine y sea capaz de frenar y reconstruir. El 15M y sus posteriores derivadas han supuesto un revulsivo importante que ha obligado a los movimientos sociales a repensarse y a trabajar juntos, pero aún queda mucho por hacer. Nos lo jugamos todo.